

APARTADO D

PROSPECTIVA

1. PACIFISMO, DESARME Y NO VIOLENCIA

1.1 El pacifismo en la historia

En el mundo actual se asiste a la continua exposición de una serie de ideas, criterios y controversias sobre “pacifismo, desarme y no violencia”, que confunden en unos casos de forma inconsciente y en otros premeditadamente, todos aquellos conceptos, y por ello, para clarificar su trascendencia, aunque nuestro propósito sea valorar el alcance futuro de tales planteamientos, es conveniente analizar las diferencias que estos conceptos u otras titulaciones semejantes merecieron en el pasado apreciaciones efectivas utópicas.

El “pacifismo” es un propósito, nunca alcanzado hasta el momento, y que la humanidad ha mantenido como un ideal en toda su existencia; pero consciente también de que la propia naturaleza humana, al tratar de imponer sus criterios individual o colectivamente, ejercen actos que comportaban acciones de fuerza que pasaban a ser actos de violencia, desde los de empuje individual hasta la auténtica guerra, siempre con la finalidad y propósito de lograr el sometimiento del adversario, fuera esta también individual o colectiva.

Pero en todos estos planteamientos anteriores a la Era Moderna, con gestos más o menos falaces, no se pretende utilizar el pretexto o argumento pacifista con una intención unilateral y desarmista del adversario. Aunque en la realidad se tuviera poca confianza en el éxito, se recurría a él solo ideológicamente en su verdadero alcance sin manipularlo y desfigurarle de cuanto aquel concepto significa.

Por ello aunque sea de forma rápida conviene formular algún repaso de las tesis y fórmulas sostenida sobre el pacifismo en tiempos pasados, especialmente con anterioridad a la apreciación cristiana de la guerra.

Así en la antigua Grecia ni existieron movimientos pacifistas ni siquiera se planteó una doctrina del pacifismo. Los poetas helénicos se quejaban de los males y desastres que la guerra acarrea, pero lo consideraban como un mal irremediable, quizás como un castigo de los dioses. En esencia la guerra era considerada con un acaecer natural, y no se estimaba como una quiebra, ya que se trataba de dominar al adversario hasta su aniquilación o pleno sometimiento. En cierto aspecto se trataba de aplicar un determinado sentimiento de propiedad territorial, que también se da en algunas especies animales, porque la ocupación del territorio significa la posibilidad de contar con los recursos que proporciona. En otro aspecto tampoco se valoraba la condición moral de los actuales “derechos humanos” la disposición de seres humanos con su esclavitud era una forma especial de aportación energética que se empleaban en todas las tareas de construcción y sometimiento del país vencedor, sin que ello supusiera grandes costes, si se exceptúa su precaria alimentación para su supervivencia. Y esta energía muscular resultaba una exteriorización de su capacidad en mano de obra, a la que se asociaba territorialmente la posibilidad de complementar la capacidad alimentaria del país vencedor.

En otro aspecto el pseudo pacifismo romano tuvo desde un principio un carácter jurídico “la paz es un pacto o convenio que posibilita un estado de derecho en una aportación mutua de una situación justa”. Por tanto el concepto latino de la paz respondía más a fines políticos que filosóficos, ya que ayudaba a mantener la estabilidad y buen gobierno del Imperio Romano, y tampoco tenía carácter universal, ya que solo se refería a la geografía de Roma y sus provincias, quedando excluidos de la “paz romana” los países allende de sus fronteras.

Y tuvo que ser el cristianismo con su doctrina evangélica, que aconseja y estimula la práctica de la mansedumbre en cuanto al individuo y también a la colectividad social, la que aún sin expresarlo con los modernos nombres, retrata lo que sería en aquellos dos casos la expresión más concreta de la “no violencia y el pacifismo” y en concepto general la verdadera realidad de lo que debieran ser los “derechos humanos”.

Y sin embargo fue San Agustín quien conociendo los defectos de la condición humana, y la imposibilidad de alcanzar la obtención de un pleno pacifismo, fue quien estableció las

diferencias entre la “guerra injusta” y la que en términos relativos podría considerarse “guerra justa”, y que para San Agustín en su obra “De civitate Dei” (La ciudad de Dios), llega también a ser injusta “cuando los daños que causan con aquel empeño bélico son superiores a los que trataba de evitar”. Concepto que en alto grado podría argumentarse hoy por los actuales antagonistas en el caso de la posible guerra nuclear.

Pero en la idealización del concepto pacifista habría que insistir que aquella “paz terrena” —que también llamaba “pax babylonis”— es una paz imperfecta, pero a lo sumo que puede aspirar el hombre. Y esta idea se mantuvo a lo largo de toda la Edad Media, e incluso en el Sacro Romano Imperio Germánico cuyos soberanos desde Carlomagno se titulaban Príncipes de la Paz; su paz incluía la posibilidad, y hasta la obligación de combatir a los no creyentes, heréticos o rebeldes, convirtiendo la confrontación en una guerra justa en cumbre de la Cristiandad. De esta forma el pseudo pacifismo medieval al excluir a ciertas clases de personas, grupos y naciones, era en todo caso un pacifismo parcial e incompleto.

Sin embargo, en aquel período se comenzó a establecer ciertas reglas y obligaciones entre los combatientes, que podrían estimarse como un principio de determinación de derechos humanos, aunque estuviera muy particularizados; fueron las leyes de caballería, en las que para determinados grupos de combatientes se exigía en la guerra el comportamiento sometido a determinadas reglas que llegaron incluso a decretar las características de armas consideradas lícitas o innobles, y que supusieron pronto un cambio de instrucciones en aquella clasificación, como supuesto primero la apreciación noble para las armas blancas o de manejo individual frente a las de fuego, y que luego en el siglo XVII invirtieron su consideración del concepto, al desaparecer el uso de armaduras, fundándose concretamente innoble las armas como la bayoneta, frente a la normalidad de los recursos de las armas de pólvora.

En todo este análisis cabría insistir que todos confiaban en el deseo de una paz perpetua, pero también la conciencia de una imposibilidad de abandonarla. Y es bien expresiva a este respecto la frase con la que el Cardenal Borja resumía la situación cuando fue requerido su consejo por el Rey Felipe IV en el trance de declarar la guerra a Francia por la cuestión de la Valtelina. “La guerra señor —decía— es el remedio de las cosas que no tienen remedio”. Una situación y su consiguiente formulación que sugiere en relación con nuestro tema, tres aspectos que merecen destacarse; primero la autoridad de quien lo exponía, un príncipe de la Iglesia; su fondo de importancia e imposibilidad para resolver pacíficamente los pleitos humanos; y

finalmente el interés pacifista del monarca, que ya exteriorizaba esta postura y preocupación mucho antes que los pensadores y filósofos de los siglos XVIII y XIX se manifestaran contra la guerra, con juicios que las más de las veces entrañaban más un antibelicismo, que el puro pacifismo ideológico y moral.

1.2 Pacifismo, Legítima Defensa y Seguridad

En aquel juicio ideológico dentro de la interpretación cristiana, como se ha señalado, se había pronunciado muchos siglos antes San Agustín a raíz de una de las más grandes conmociones espirituales y materiales sufridas por la humanidad, la invasión de los pueblos bárbaros, y que en algún aspecto y por el alcance histórico podría estimarse equivalente a la sensación experimentada por la sociedad moderna al producirse la era nuclear.

Entonces, los cristianos estaban autorizados a poner en práctica el derecho de legítima defensa contra la destrucción de su ciudad. Y por esto durante mucho tiempo se han asociado en el estudio e interpretación de la situación bélica, los dos aspectos del pacifismo y la legítima defensa.

La doctrina tradicional de la Iglesia ya había establecido tres condiciones para el reconocimiento legítimo de una resistencia colectiva por las armas: La injusticia evidente y de extrema gravedad, creando una situación objetivamente indiscutible de legítima defensa. Fracaso de todos los medios pacíficos para resolverlo. Que las calamidades causadas por la posible guerra fueran menores que los inherentes a la misma injusticia.

Y en estos tres aspectos se podría centrar el desarrollo de esta exposición, en un concepto parcial del pacifismo: Sus posibilidades absolutas; la interpretación de la legítima defensa colectiva en su concepto moderno de seguridad; y el alcance de los peligros y riesgos ulteriores como consecuencia del empleo de las modernas armas nucleares o de cualquier nuevo tipo de ingenio que pudiera surgir con la moderna tecnología incluso de carácter espacial.

Desde el punto de vista cristiano, es verdad que su doctrina predica la no violencia y el amor a los enemigos; pero también ha enseñado que el amor al prójimo y la fórmula de la renuncia a la violencia, podría incluso en sentido estricto no ser siempre valedera para uno

mismo; en el caso de necesidad de un prójimo que precisa de auxilio ante la injusticia y cuyo abandono llegaría a significar en su negación, más egoísmo que sacrificio. En este aspecto Rene Coste expuso hace algún tiempo, al examinar distintos tipos de pacifismo, que el pacifismo absoluto desde un punto de vista cristiano no excluye el derecho de legítima defensa, al menos contra el crimen del derecho común.

El pacifismo racional se apoya en planteamientos de justicia, considerando que por la fuerza, la guerra es en sí misma el triunfo del poder y no de la justicia, y que es contrario a este el uso de la violencia, negándose en consecuencia la posibilidad de la legítima defensa, que casi siempre se invoca por las partes enfrentadas. Pero las causas de los conflictos internacionales son tan complejas y los errores están tan repartidos que el confusionismo de una verdadera culpabilidad se hace difícil que algunos teóricos niegan el derecho de legítima defensa colectiva aunque la admitan individualmente... Pero estos mismos cuando se ven amenazados por un asesino no dudan en recurrir al auxilio de la policía y entonces la violencia les parece una necesidad.

Ya en la edad moderna y muy especialmente durante los siglos XVII y XVIII muchos eruditos se ocuparon de la temática de la paz y la guerra y expusieron doctrinas pacifistas de mayor o menor difusión, expuestas en su intento de mejorar la convivencia humana, y que iban desde la transferencia del poder político de los gobernantes a los gobernados, hasta una federación mundial de estados, pasando por una profunda renovación de la humanidad mediante el mejor conocimiento, aceptación y estricto cumplimiento de los preceptos evangélicos. Con la Reforma se produce una corriente contraria a todo tipo de justificación de la guerra, en la que destacan por su particular actividad los anabaptistas, cuakeros y seguidores de George Fox y también William Penn, quien expuso su ideario de un país “ejemplo para gobierno de naciones sin necesidad de medios coactivos, ni reglas de obligado cumplimiento” considerando que la humanidad puede conducirse por un régimen democrático, inspirado en el idealismo, religiosidad, tolerancia y respeto a la dignidad del hombre.

Después de las teorías de Erasmo (1469-1536) hasta Kant (1724-1804) el acontecimiento político universal de mayor trascendencia fue la Revolución Francesa, que en la declaración de que “todos los ciudadanos eran iguales ante la Ley” aprobó la primera Declaración de los Derechos Humanos. Pero si bien la Revolución Francesa adoptó como lema de sus problemas la triada de Libertad, Igualdad y Fraternidad, en la que esta última palabra era clave invitación a la

concordia entre hombre y a la consecución de una paz duradera, no se debe olvidar que su tercer concepto Fraternidad, había sido la transformación del término “seguridad” que figuraba inicialmente, y en consecuencia del cual se llevaron a cabo todas las campañas de la Revolución y del Imperio.

Después los movimientos pacifistas durante el siglo XIX producían tanto en Europa como en América, simultáneamente con una serie de conflictos tales como la Guerra de Crimea, la Civil americana y la guerra franco-prusiana. Aunque el conflicto interno americano tuvo sus “objetantes de conciencia” y pese a los miles de firmantes de pliegos abonando por la paz, y en los que se comprometían a “no alistarse nunca ni en el ejército ni en la armada, ni ayudar directa o indirectamente, a la realización de cualquier actividad bélica” una encuesta demostró que solo el 4 por ciento de los firmantes mantuvieron su actitud cuando la guerra comenzó. Y su razonamiento era muy simple “la guerra civil era una guerra justa, necesaria para la abolición de la esclavitud, que es una de las causas de la guerra”.

Posteriormente, pese a las advertencias de Leon Tolstoy y los argumentos de Berta Von Suttner, secretaria de Nobel, que le concedió el premio de la paz en 1905, por su novela “Abajo las armas” (1889); sus alegatos parece que fueron los que llevaron a las naciones europeas hacia ansias hegemónicas, prácticas de diplomacia secreta y una carrera de armamentos con actitudes y actividades que propiciaron la I Guerra Mundial y ante su perspectiva numerosos grupos de pacifistas abandonaron Alemania, Francia, Suiza y Rusia, trasladándose a EE.UU. y Canadá y eludiendo así el servicio militar obligatorio en Europa.

No obstante y el permanente deseo de paz perpetua, el concepto de pacifismo en su amplitud actual solo aparece después de la Primera Guerra Mundial cuando se insiste en la apreciación diferencial entre las guerras estimadas solamente defensivas, que excluyen toda aproximación con la utilización de armas y el empeño de actitudes consideradas en su aplicación de carácter plenamente ofensiva, con independencia de las causas que hayan llevado a la iniciación del conflicto.

Ciertamente hasta la Primera Guerra Mundial, el frente de combate de los ejércitos señalaba un límite a retaguardia del cual, la vida aunque con las servidumbres y sacrificios de la guerra impone, podía seguir en tranquilidad para familias y elementos no combatientes; los ejércitos se sacrificaban por la Patria y el país. Ya en la Primera y más en la Segunda Guerra

Mundial este concepto geográfico separador del campo de batalla y de la retaguardia fue trastocándose por los alcances de la Aviación; pero en la futura guerra nuclear con armas de posibilidad de acción intercontinental, aquel concepto puede desaparecer totalmente al sentirse sus efectos destructores por las poblaciones, incluso antes de que los ejércitos específicamente técnicos o profesionales hayan tenido, por decir así su contacto bélico.

Cabe entonces argüir que el sacrificio de una guerra a cargo de los combatientes no salva al resto del país; al fallar este justificante benéfico, razonan los pacifistas que no vale la pena tener ejércitos y que se debe renunciar a la guerra, no por razón moral, sino por la inutilidad de la guerra misma. Se llega así en cierto grado a la aceptación de un pacifismo convencional, utilitario, político, estratégico etc., y que son los que por distintos propagandistas con más o menos argumentos se han venido explotando desde la antigüedad más clásica.

1.3 Pacifismo convencional

Y como su enumeración puede ser útil, se trata de exponer y retratar algunos ejemplos de esta interpretación casuística y egoísta, que no tiene nada de moral.

Así podría establecerse la clasificación de:

- Pacifismo absoluto, que excluye la exteriorización de la violencia.
- Pacifismo relativo, que admite la organización de la Seguridad para la legítima defensa.
- Pacifismo convencional: Que puede ser de carácter estratégico; económico o político.

1.3.1 *Pacifismo económico*

Es el más elemental de todos los planteados, argumentándose la imposibilidad de resistir el incremento cada vez mayor de los presupuestos de defensa y por esta circunstancia propugnan una limitación o desarme de los armamentos.

Es curioso que este tipo de pacifismo se haya iniciado siempre entre el grupo de vencedores a raíz de una contienda. En su tesis pacifista pero unilateral trata primero de

imponerla al vencido, pero a continuación recelosos unos de otros, tratan sin desarmarse de no ser sorprendidos, y propugnan la reducción que les permita conservar aquel predominio sin aumento de coste. El caso más típico de esta clase de propósitos fue el Tratado de Washington de 1922, donde los aliados vencedores de la Primera Guerra Mundial se autofijaron una limitación de tonelaje y características de los armamentos y navíos, que sólo rigieron durante siete años.

Más recientemente no debe olvidarse que el origen de la OTAN no fue una organización defensiva para la garantía de Occidente, sino el acuerdo de Bruselas para asegurarse el no resurgir de Alemania, y si la política soviética no hubiera lanzado los golpes de Praga y Corea, y también el Bloqueo de Berlín en 1948-49, es posible que el nacimiento de la OTAN, con su esquema occidental, se hubiera retrasado o estructurado de otro modo.

1.3.2 *Pacifismo Estratégico*

Está representado por la creación de países desarmados, que un día se llaman neutrales y a los que se autorizaba un pequeño ejército de policía, asegurándose el concurso y ayuda en caso de necesidad. Así se crearon los países barrera o tampones de Bélgica y ha sido famoso el neutralismo de Suiza. A raíz de la terminación de la II Guerra Mundial, fueron muchos los que en Suiza clamaron argumentando, con su democracia y neutralismo la conveniencia del desarme total.

Al terminar la guerra de 1914-18 y después de la firma del armisticio había llegado el momento de emprender la lucha contra el ejército, y entonces la paz interior resultó seriamente amenazada por una huelga general en noviembre de 1918. Las Divisiones americanas concentradas en la Jura francesa no esperaban más que una orden para entrar en Suiza y gracias a que el ejército suizo pudo intervenir obligando a capitular al Comité de Huelga no se consumó aquel hecho. Pero durante el resto del invierno y el estío de 1919 fue preciso mantener muchos efectivos en vigilancia. En Zurich se produjeron muchos desórdenes y una compañía de tropas de vigilancia fue asaltada en el cuartel por millares de manifestantes, y esto se producía aprovechando las bajas que la epidemia de gripe producía en los cuarteles; en conjunto los sucesos de 1918-19 por unas y otras circunstancias se calcularon en el ejército suizo en 3.793 bajas entre oficiales, suboficiales y tropa.

Se han expuesto hasta ahora los planteamientos pacifistas que se habían formulado antes de la posibilidad de la guerra nuclear, que en el caso de su generalización entraña el riesgo de la destrucción y aniquilación de los dos contendientes. Y ha sido en opinión de Fornari, precisamente la crisis del concepto de guerra, producida por la situación atómica, la que ha provocado la crisis de la dominación, porque la asignación de los papeles dominante-dominado presupone la guerra que, a su vez, presupone la posibilidad alternativa de la asignación de los papeles vencedor-vencido. Es decir que si existen perspectivas para los pueblos dominados de liberarse de la dominación, se debe precisamente a la crisis de la guerra. Si de hecho la guerra a causa de la situación atómica ya no se puede resolver con el vencer-perder, sino con el vencer-vencer (no haciéndola), o con el perder-perder (haciéndola), la crisis de la guerra, como juego que se pierde o se gana ya no permite la asignación de los papeles de dominante-dominado que van unidos exclusivamente al principio de la fuerza.

En estos conceptos ha sido también Einstein quien ha formulado su concepto de que la potencia desencadenada por el átomo ha cambiado todo salvo nuestra forma de pensar. Vamos a la deriva hacia una catástrofe sin precedentes. Si queremos que el género humano sobreviva es indispensable una forma de pensar radicalmente nueva. Pero también en este sentido ha sido necesario que se descubriese la bomba atómica, con la que la ciencia se veía implicada en su nivel más avanzado, para incitar a la misma ciencia a tratar la guerra con metodología científica.

La guerra moderna es un fenómeno complicado, producto de una combinación de muchos factores, sociales, económicos, políticos, sociológicos y psicológicos. Requiere una compleja organización social, una preparación y una planificación detalladas y grandes inversiones de capital; exige una preparación científica y técnica de alto nivel y una perfecta organización de los ejércitos, de los armamentos, de los sistemas de aprovisionamiento, de reclutamiento y de propaganda. No es algo que un hombre solo pueda emprender, aunque se sienta agresivo y hostil. Es cierto que una vez preparado y que los engranajes de la máquina estén dispuestos para funcionar, basta efectivamente un solo hombre para poder ponerla en movimiento pero incluso en este punto —para aquellos que siempre aducen el riesgo de la iniciación por error o pasión— las maniobras son tan complejas —dice Fornari— y se necesita tal precisión para realizarlas que no se prestan al reflejo o a la expresión directa del odio o de la ira, sino que requiere una mente fría, controlada, científica. Una de las paradojas de la posible guerra moderna es precisamente el hecho de que el progreso tecnológico ha vuelto prácticamente inútiles los impulsos agresivos al contrario de lo que ocurría con las técnicas de combate primitivas.

El gran desarrollo de la tecnología militar ha aumentado progresivamente la distancia entre el soldado, considerado individualmente y su enemigo, en consecuencia la guerra se convierte en un objetivo cada vez menos satisfactorio para descargar los impulsos agresivos e incluso para desahogar las ansias de heroísmo. En una guerra, en la que se disparan misiles nucleares apretando botones no existirá —en el caso extremo intercontinental— ningún contacto entre los adversarios. El modo de hacer la guerra se está volviendo así cada vez más impersonal y mecanizado, y dentro de este concepto el soldado mejor no resultará ya el héroe sino el autómatas.

Es un fenómeno de deshumanización, pero también cabe pensar que la deshumanización orientada hacia el objeto no tiene solamente implicaciones negativas, ya que para realizar de forma eficiente muchas de las funciones exigidas por la sociedad contemporánea, incluso la guerra, se necesitan algunos elementos de deshumanización; así en el caso de epidemias, desastres naturales, catástrofes en tiempo de paz, con víctimas masivas, hay que recurrir a mecanismos psicológicos de defensa que permiten superar la piedad, el terror o el disgusto. Incluso también en algunas profesiones propias de la sociedad contemporánea se requiere un comportamiento “selectivamente deshumanizado”, justicia, medicina, y naturalmente en el terreno de la defensa nacional. En suma en todo proceso institucionalizado parece necesario cierto grado de “deshumanización adaptada”.

1.4 Fenomenología actual del conflicto nuclear

Pese a todas las consideraciones que las tesis del pacifismo sustentan para la evitación del hecho bélico, el tono y la forma acusados por sus patrocinadores es muy distinto del puramente ideológico que exponían los tratadistas anteriores a la era nuclear, tal vez porque nunca creyeron aquellos en que la guerra fuera la causa del fin de la Humanidad.

En realidad como señala recientemente Jonathan Schell en *“El destino de la Tierra”* a pesar de la inconmensurable importancia de las armas nucleares, el mundo se ha negado, en conjunto, a pensar en ellas. No hemos logrado hasta ahora forjar o descubrir dentro de nosotros mismos, una respuesta emocional, intelectual o política frente a ellas. Esta extraña falta de respuesta, en la que cientos de millones de personas admiten la presencia de una amenaza

inmediata y persistente contra su existencia y la existencia del mundo en que viven; pero no hacen nada por evitarla —una falta de repuesta en la que tanto el egoísmo como la solidaridad parecen haberse desvanecido— ha sido en sí misma un fenómeno tan sorprendente que hay que considerarla como una parte extremadamente importante del dilema nuclear tal como ha existido hasta ahora.

Para algunos teóricos, el hecho de que hasta ahora las amenazas nucleares sean con fines que en términos generales pueden calificarse de defensivos, para mantener más que para desestabilizar la situación, oculta hasta cierto punto el hecho de que hayamos dejado que la extinción reemplace a la guerra como protector final de los intereses nacionales. Como ha dicho el famoso economista y teórico nuclear Thomas Schelling en *“La Estrategia de los Conflictos”*, cuando uno de los bandos introduce la inestabilidad, los dos podrían hacer el siguiente razonamiento: *“Él creyendo que yo estaba a punto de matarle en defensa propia, estaba a punto de matarme en defensa propia, de modo que tuve que matarle en defensa propia”*. Según la doctrina de la disuasión, la superioridad militar es por lo tanto tan peligrosa para el bando que la posee, como para el bando supuestamente amenazado.

Cuando una gran potencia adopta una teoría estratégica, la teoría se convierte en doctrina. Cuando dos potencias rivales la adoptan se convierte en un sistema y cuando estos dos rivales cumplen más o menos las reglas del sistema y celebran incluso negociaciones con el fin de reforzarlo (SALT I y II) y están dispuestos a que otras naciones participen de ellas puede decirse una frase de Schell que *“el sistema se ha atrincherado”*. Viene a resultar un sistema de disuasión basado en el sistema de nación-estado soberano. Y

“el dilema de la nación que con el fin de proteger su soberanía nacional advierte que tiene que arriesgar la supervivencia de la humanidad, tiende a convertirse en una trampa de la que no hay escapatoria mientras esas naciones soberanas sean exclusivas en la disposición del armamento nuclear”.

Planteada así la política de disuasión se llega a los extremos de que el plan de disuasión contempla la extinción del ser humano en nombre de la protección de una soberanía nacional. Sin embargo este razonamiento no es exacto mas que si se considera en plenitud universal, y no como actualmente lo propugnan los idealistas, más o menos manipulados, que lo orientan casi exclusivamente al escenario europeo.

Es una realidad que todos estos temores de destrucción del género humano se han intensificado últimamente, y de modo más concreto cuando a petición del Canciller alemán Schmidt en 1979 se formula la “doble decisión” que significaba a la par el proyecto de despliegue de los euromisiles, y la intensificación de acciones hacia la renuncia total de armas atómicas, si el antagonista renunciaba a su vez a la instalación de sus misiles SS20 de largo alcance y que habían roto el anterior equilibrio de armas nucleares analizado e incluso planificado en las conversaciones SALT II.

Y resulta aún más importante el hecho de que, entre todos los programas y propagandas pacifistas adquiere la mayor importancia y trascendencia el llevado a cabo en la República Federal de Alemania que fue concretamente la que motivó aquella decisión de instalación misilística.

1.5 El pacifismo rebelde

De hacer caso a las expresiones que sobre el pacifismo formulaba recientemente el suizo Hans Pestalozzi, en el prólogo de su obra “*Paz en Alemania*”, su idea dista totalmente de los sentimientos puramente ideológicos de convivencia humana que postulaban todos los teóricos anteriores sobre la Paz.

“El movimiento pacifista —decía— tiene que ser más, y es mucho más que la lucha contra los cohetes de alcance medio, el neutralismo, la disolución de los bloques militares y la desmilitarización. El movimiento pacifista puede convertirse en el movimiento decisivo de este siglo, un movimiento subversivo que conecta con la Revolución Francesa”. “En el movimiento pacifista se han juntado todos aquellos que en nuestra sociedad toman en serio la idea de democracia, cristianismo, humanismo y justicia. Son innumerables círculos, asociaciones, grupos y grupúsculos los que se juntaron en Bonn. No se puede abarcar su contenido, pero sobre todo, no se les puede organizar y estructurar. Sería una contradicción en sí misma, porque lo nuevo consiste precisamente en la no organización y la no estructuración”.

Y en otros párrafos, aunque afirma que su pacifismo es altruista en vez de egoísta, solidaridad en vez de competencia, esperanza en vez de miedo, la realidad es que luego en su proceso sostiene que *“El movimiento pacifista es la rebelión de los ciudadanos contra los expertos, la rebelión de las personas con futuro contra los hombres viejos y enfermos que nos gobiernan, la rebelión contra las autoridades... imagínate que hay guerra y nadie va...”*. Capacita para negarse, pero no adelanta en qué consiste sus fórmulas para construir. Sólo dice que la Paz es no ser pasivo no ceder; es la no tranquilidad y la no adaptación. Sólo podrán resistir los que antes fueron capaces de resistir. Solo los rebeldes son capaces de resistir...

En suma una serie de contradicciones que al lado de un auténtico anarquismo presumen de altruismo y generosidad,... pero sin trabajar nada, ni en nada, solo fomentando la rebelión.

Y en esta misma línea el lema actual de los pacifistas germánicos *“Seamos realistas y exijamos lo imposible”* define más que nada la carencia de una fórmula constructiva para llegar a alguna solución, solo alcanzan a afirmar que *“si llega lo apocalíptico, que me importa que el cohete sea ruso o americano”* y en otros términos *“mejor rusos que muertos”*, con lo que implícitamente lo que se preconiza es la inacción, la entrega y capitulación que tanto favorecen a la estrategia de expansión y dominación soviética.

En realidad se argumenta con una especie de sofisma estratégico, y para contraponer alguna afirmación de autoridades no dudosas en los conceptos de paz y guerra, recorramos los párrafos que a este respecto escribía el tratadista Raymond Aron en su obra *“Paz y Guerra”*:

“El objetivo de Occidente no es así el de evitar la guerra termonuclear, sino también el de vencer o el de no ser vencido. Si el único objeto fuera el evitar la guerra nuclear, la decisión racional, la que tendría mayor posibilidad de alcanzar ese objetivo, sería la capitulación. Puesto que Occidente no capitula, a pesar de las bombas nucleares y de los ingenios balísticos con los que amenaza la URSS, es porque el objetivo de la lucha merece correr el riesgo de la resistencia”.

Esta última afirmación aplicada a un caso particular, quizá parecerá paradójica y hasta absurda. ¿Merece la libertad de dos millones de berlineses correr el riesgo de una guerra nuclear? Ningún objeto de litigio particular en efecto guardará proporción con la *“supuesta pérdida”* o la

“baladronada respondida”. Pero a partir del momento en que consintamos en ceder ante todo, cada objeto o litigio particular es algo más que él mismo, puesto que pone en peligro el destino de la totalidad. No solamente es la suerte de dos millones de berlineses lo que está en juego (se refería a 1962 durante la crisis de los misiles de Cuba), sino virtualmente la elección de los alemanes del Oeste (entre la unidad bajo la protección soviética y la libertad para las dos terceras partes favorecidas) y por lo tanto el destino de Berlín Occidental entero, y en última instancia de Occidente mismo y de lo que éste representa.

Pero objetará el escéptico o el cínico ¿vale la salvación de Occidente en cualquier caso, como para garantizarla al precio de millones de víctimas? Objeción falsamente racional. En la era de la estrategia de disuasión, no se salvaría ni a una nación ni a una civilización con la guerra pero tampoco se las salvaría con una capitulación. Se trata pues de convencer y de convencer a los demás que los valores que perecerían con el régimen y la civilización de Occidente, justifican el peligro que creamos para decenas de millones de hombres y que la capitulación disiparía provisionalmente.

En esta línea y cuando han pasado veinte años de las afirmaciones de Raymond Aron, realmente aquel argumento de la capitulación lo que pretende o parece apuntar es hacia la neutralización de las dos Alemanias, la creación de una zona desnuclearizada que será el camino para a posteriori conseguir someter a la soviétización del sistema, todo el conjunto unificado, al igual que antes ocurrió, después de la terminación de la Segunda Guerra Mundial, con los estados bálticos y con los países de la zona soviética de ocupación militar.

En esta tesis el argumento fundamental que emplean los pacifistas germánicos —que no están políticamente alineados con los partidos políticos responsables— es precisamente que el despliegue de los euromisiles, lo que entraña es el riesgo de la posibilidad de una guerra nuclear limitada al escenario europeo y más concretamente al alemán, porque los dos santuarios americano y soviético no tendrían que recurrir al arsenal de sus armas intercontinentales. Sin embargo este argumento pierde fuerza si se piensa de un lado en el hecho de que la presencia de las fuerzas americanas en Alemania Federal es el mejor y más seguro rehén estratégico que pueden tener con su presencia, porque sentirían desde el primer momento los efectos de la agresión soviética. Pero además esta suposición del riesgo es falsa, ya que esta hipótesis de la limitación nuclear tenía más posibilidad de creencia antes del montaje de los euromisiles, ya que hasta ahora los occidentales no tienen en Europa una capacidad de respuesta a los SS soviéticos

y en cambio después de su despliegue sí podrían reaccionar especialmente con los Pershing sobre los objetivos en el interior del espacio europeo de la Unión Soviética, concretamente a Moscú, que sería alcanzado en pocos minutos y con precisión inferior a 50 metros, circunstancia por la cual es precisamente la característica técnica de perfeccionamiento de los Pershing lo que preocupa fundamentalmente a los soviéticos, porque les obliga a reorganizar todo su sistema convencional en profundidad, en el que hasta ahora se basaban para poder amenazar, con medios teóricamente clásicos, sin capacidad de respuesta occidental.

Pero el fracaso de estas posibles zonas neutralizadas ya se percibió en 1955. Ya entonces el canciller Adenauer ante las propuestas de posible neutralización manifestaba que estaba dispuesto a admitir la inspección internacional si existía igual correspondencia en la Alemania Oriental. *“Todo el mundo sabe que nosotros no tenemos nada que ocultar; no tenemos armas atómicas, sólo 94.000 soldados (1955) y algunos cientos de blindados. Todo el mundo puede verlos, si nosotros podemos echar una ojeada a los 7.500 blindados de la Alemania del Este”*. Y añadía algo más *“caso de que la reunificación fuera un hecho, aceptarían la desmilitarización efectiva de la zona Oriental”*.

Pero todo ello fracasó entonces, como también otra fórmula propuesta por el Premier británico Eden que ofrecía el señalamiento previo por los dos antagonistas de una zona de 30 a 50.000 km², conteniendo una base, un puerto o un aeródromo y un nudo de comunicaciones con instalaciones de las no consideradas secretas, pero en las que podría comprobarse los efectos de una concentración de medios, hombres y abastecimientos. Una especie de maniobras de espionaje, para probar la eficacia de los órganos y sistemas de información, que con anterioridad, ni las Comisiones de Control aliado del General Nollet en la postguerra de 1918, ni las Comisiones de Armisticio de la segunda denunciaron la inutilidad de su aplicación.

Aquella propuesta fracasó, y en las consecuencias actuales, aunque los elementos de información sean mucho más perfeccionados, no se apunta una solución equivalente en la maniobra de manipulación de los movimientos políticos de la subversión que el propio Pestalozzi ha reconocido existir en los movimientos pacifistas de rebelión.

1.6 No violencia

A través de todas las argumentaciones que los pacifistas más o menos ideológicos exponen para alcanzar la meta de la Paz, se refleja la misma dificultad de conseguirla plenamente, e incluso la misma adjetivación del pacifismo en sus aspiraciones de alcance solo relativo, en su aplicación a determinados grupos, armas o espacios geográficos, acusa que su licitud, justeza o conveniencia, son argumentos parciales para reducir las consecuencias del hecho bélico en sus efectos destructores.

En esencia, a lo sumo, se trata de la renuncia al recurso del hecho violento que el fenómeno guerra supone, porque como ya señaló Clausewitz:

“La guerra es en sí misma un acto de violencia, y no hay límite alguno frente a la manifestación de esa violencia. Cada uno de los adversarios determinará la Ley para su contrario, de donde resulta una acción recíproca que como concepto tiene que llegar a sus consecuencias extremas”.

Haría falta la existencia de un poder coactivo superior al de cada uno de los contendientes. En la Edad Media cumplía esta función el Poder Espiritual del Papado, con sus anatemas de excomunión que al sentirlos directamente los pueblos cristianos frenaban sus impulsos. Hoy al no ejercer influencia en los grupos materialistas, parece que no hay otro freno que la “Paz por el Terror”, porque cada parte tiene la capacidad de ocasionar a la otra daños equivalentes o mortales.

Se llega así como consecuencia que en las propuestas de desarme, tanto o más que la limitación de los medios bélicos, se busque por los pacifistas la renuncia al uso de las armas, y que estos mismos pacifistas consideren como la primera y más importante manifestación de la actitud de No violencia.

Los máximos apóstoles de esta postura sociológica, tanto individual como colectivamente han sido en la era actual Tolstoy y Ghandi, y especialmente este último que en sus gestos y afirmaciones ha llevado a cabo y expuesto todos los alcances y efectos de la NO VIOLENCIA como fórmula de protesta individual.

Realmente el gesto “evangélico” de responder la agresión “poniendo la otra mejilla” es la máxima expresión de la renuncia a la agresión y de un intenso amor al prójimo; pero en la especie humana solo cabe esto individualmente y dentro de ciertos límites, y cuando la parte adversaria, aunque en el momento del litigio se produzca como agresora, tenga en su subconsciente un fondo cultural de alcance equivalente al ofendido, y cuando se ponen en juego muchos aspectos que pueden significar el riesgo de la capacidad de supervivencia.

Resulta interesante en este aspecto recoger la opinión de un autor Freeman Dyson, que en su obra “*Trastornando el Universo*”, al referirse a la “ética de la Paz”, expresaba lo siguiente en 1971 después de sus experiencias vividas, como matemático, físico, astrónomo y asesor en el Pentágono:

“Por un lado estaba el evangelio de la no violencia que Jesús, Ghandi y Lutero King predicaban y practicaban. Por el otro la locura de las bombas de hidrógeno y la doctrina de la destrucción mutua asegurada con la que ahora vivimos precariamente. De poder elegir ¿cómo sería posible que cualquier persona cuerda no se inclinase por la abstención de la violencia? A la edad de quince años hice mi elección; entonces la elección era muy sencilla, yo moriría por Ghandi en vez de luchar por Churchill. Las cosas nunca han sido tan sencillas desde entonces. En 1940 los colaboracionistas franceses, habiendo escogido el camino de la no violencia hicieron las paces con Hitler. Un año más tarde, los judíos de Europa tomaron pacíficamente el camino de la muerte que los esperaba, Auschwitz. Al ver lo que le sucedía a Francia decidí que después de todo era mejor luchar por Inglaterra. Al ver lo que sucedió en Auschwitz, muchos de los sobrevivientes judíos decidieron que era mejor luchar por Israel. El rechazo de la violencia a veces es el camino de la sabiduría, pero no siempre. El amor y la resistencia pasiva son armas maravillosamente efectivas contra algunas clases de tiranía, pero no contra todas. Existe un imperativo tribal de conservación que nos empuja a usar balas y bombas contra los enemigos de la tribu cuando la existencia de ésta se ve amenazada. Cuando se trata de la supervivencia, la resistencia pasiva puede ser un arma demasiado lenta e insegura”.

Por otra parte el propio Ghandi llegó a expresar que *“en el diccionario de la acción no violenta no existe la expresión de enemigo exterior, cuando lo que está en juego es el mundo mismo, todas las diferencias serían por definición ‘interiores’, y habría que resolverlas sobre la base del respeto hacia aquellos con los que uno discrepa”*.

Sin embargo, en sus fórmulas de aplicación se recurre a lo que después se llamará No violencia activa, para diferenciarla de la pasiva o evangélica, y que no es precisamente los que propugnan en la actualidad la tesis del pacifismo, como Pestalozzi, que la considera plenamente un gesto de rebeldía.

Y en este aspecto algunos han querido demostrar que, en las especies animales no existe la ferocidad agresiva y violenta de los humanos, más que en los casos de ataque a otros animales para su propia supervivencia; pero aunque existen algunos casos en que las fieras renuncian a la continuidad de sus ataques, cuando su presa se ofrece al atacante renunciando a defenderse, esto es solo entre animales de la misma especie, pero no cuando su empeño se lleva a cabo contra otras familias de animales de diversos grupos.

Surge por tanto una diferencia entre la No violencia pasiva y evangélica que no podrá confiar en que sean otros los que solucionen la situación llevando a cabo contra el ofensor la violencia que ellos no quieran aplicar.

Y en cuanto a los que propugnan la forma colectiva y masiva de una No violencia activa, por el hecho de ejecutarla masivamente, aunque sea sin armas, sus efectos pueden llegar a ser en algunos casos tan destructores como lo que puede causar la represión de la policía, y por tanto empujan a sus opositores a recurrir a la violencia que ellos no quieren; fenómeno clásico en las luchas y guerrillas urbanas que, con o sin armas, lo que se busca es precisamente la violencia del antagonista para causar por su desproporción la erosión del poder.

En esta línea los partidarios de la No violencia y pacifismo quieren buscar el apoyo de las doctrinas religiosas de amor al prójimo pero últimamente tanto en la Iglesia Católica como en la protestante, las máximas jerarquías que inicialmente estaban conformes con la ideología de la paz, en el momento actual buscan solamente su aplicación a la exclusión de las armas nucleares, pero no de los medios convencionales que justifican la legítima defensa y la seguridad ante el agresor. Y en este último aspecto han merecido estudios y análisis las propuestas llevadas a cabo

en las Naciones Unidas, sobre un trabajo sobre el tema de los bloqueos armados o marítimos de una a otra potencia, y en los que el hecho mismo no supone en su aplicación el empleo de armas ni la realización de algún ataque, pero que, no obstante, por las consecuencias que causa en el bloqueo se estiman como la consumación de un gesto de agresión.

1.7 La violencia y las acciones guerrilleras de “Resistencia”

En las tesis de muchos pacifistas se acepta la guerra de guerrillas en la que, en mayor grado si cabe que en la guerra regular, se practica la violencia, aunque los efectos masivos logrados en su conjunto sean muy inferiores. Aun admitida la legalidad de esta violencia de carácter defensivo para oponerse a una invasión, habría a continuación que profundizar en el análisis del límite de la licitud de los medios puestos en juego en esa clase de guerra defensiva irregular. Surge entonces el alcance moral de las acciones de una guerra partisana, que se ha querido identificar históricamente en el precedente de nuestras guerrillas de la Guerra de Independencia. No obstante la similitud no tiene plena aplicación, especialmente cuando se quiere equiparar con las recientes demostraciones de las guerrillas más “urbanas” que “rurales” en estas últimas el recurso a la acción tiene por parte de sus ejecutores todo el propósito directo de causar algún daño y obstáculo en la penetración enemiga —destrucción de puentes, obstrucción de su circulación, resistencias en pasos obligados, etc.—, en las que aunque recurra a la sorpresa los guerrilleros se juegan su vida en lucha abierta; lo que contrasta con las acciones de la “guerrilla urbana” que más tiende a los efectos de un “terrorismo”, que con los daños causados directamente a sus víctimas más que conseguir tácticamente a un efecto directo, pretende psicológicamente atenuar la decisión del mando adversario o de sus mandos políticos.

Normalmente los profesionales de los ejércitos, sin distinción de nacionalidad, rechazan a estos extremos de violencia, porque no podrán ver nunca con aceptación, una guerra en la que se juega la insidia, el engaño, la traición, por muy justificadas que se quiera presentar los fines de la lucha. En el orden político, económico y comercial será discutible si la meta a alcanzar puede justificar aquel procedimiento pero desde un punto de vista moral el fin no justifica los medios. La intención de arrojar al enemigo no justifica un asesinato alevoso, y en muchas ocasiones con el argumento de la búsqueda de la sorpresa, no son otra cosa que las acciones cobardes de la lucha partisana, y los pacifistas que pese a los quebrantos de la violencia son entusiastas de la fórmula y método, lo son simplemente por dos razones, en los casos de rebeldía interior porque

socava la organización del poder o del gobierno, y de otro porque generalmente recurran a ella los no profesionales con finalidad política.

Y así estos pacifistas liberales que niegan la posibilidad de las guerras regulares porque acarrearán daños y represalias a gentes inocentes, podrían pensar también, que en el caso del ocupante invasor, este tiene a veces que adoptar como contramedida otras represalias que también serán injustas, y en mayor grado seguramente, pero no se podrá decir que no han sido provocadas a conciencia, muchas veces también para exasperar a la población. Y un ejemplo típico durante la II Guerra Mundial fue el hecho de la acción y reacción en Italia que causó y provocó el fusilamiento de seres inocentes por no descubrir al autor directo de la agresión, y que sin embargo con pleno conocimiento consintió la muerte de aquellos, e incluso del carabiniere que ante lo monstruoso de la violenta reacción alemana quiso presentarse como autor, sacrificándose para la salvación de sus semejantes.

La lucha de las guerrillas españolas, aunque cruenta, significaba un riesgo abierto para el que la ejecutaba, y normalmente no mezclaba en sus acciones a la población ajena a las partidas, y a lo sumo recurría a su apoyo como elemento de información. Por ello aquellas acciones aunque violentas suponían una licitud en el procedimiento y que en cambio no le cabe atribuir a los métodos que más que de índole bélica, recurren a la insidia y el crimen.

1.8 La legítima defensa bélica

El concepto de legítima defensa de las Naciones y de la Patria, se asocia íntimamente al de legítima defensa personal, sancionada por todos los juristas de diversas épocas y ambientes; pero en las guerras para adjetivarlas como defensivas habría primero que apreciar o definir en que condiciones y hasta que punto un combatiente actúa frente al enemigo circunstancial en forma ofensiva o defensiva. Desde un punto de vista táctico o estratégico, el concepto es fácil y claro sobre todo para los profesionales del ejército y de la política; pero desde un punto de vista estrictamente moral, la determinación encuentra ya más dificultades y se presta a muchas interpretaciones según su planteamiento.

Para adjetivar la guerra habría primero que estar de acuerdo en su definición. Sobre esta cuestión se han escrito muchos libros y se ha discutido extensamente sin llegarse a un pleno

acuerdo, ni en el sentido de su alcance ni en su contraste con la paz, que también resulta pobre de fijación para los que se limitan a entender que la paz es precisamente la ausencia de guerra.

Así las definiciones resultan generalmente muy limitadas o ambiguas. Todo es paz y todo es guerra en los períodos de tensión y de lucha y enfrentamiento armado, pero todos admiten en la guerra propiamente dicha la ejecución de una acción violenta por alguna de las partes antagonistas, que tiene que encontrar otra resistencia también violenta por la otra parte, no una resistencia pasiva. Un invasor que destruye y aniquila al que huye y a cuanto encuentra a su paso no puede argumentar que lo hace por la resistencia encontrada, y sin embargo ejerce una acción violenta —aunque en bastantes casos y con verdadero eufemismo aquellas acciones no quieren llamarse de guerra, son acciones de intervención, de policía, expediciones punitivas o de persecución y hasta últimamente de “interposición”— pero se elude el concepto guerrero.

En sentido inverso, guerras sin lucha, estados de guerra potencial existieron amplísimos durante nuestra historia de la Reconquista; en la guerra de Cien Años hubo períodos en que sin combatirse la guerra existía y ahora mismo entre los estados árabes e Israel existe un estado latente de guerra, sin que las acciones de combate se sostengan con continuidad, que permite en sus efectos calificar a aquella situación como una verdadera guerra.

Se llega así a ciertos estados de crisis y conflictividad, que ni siquiera se pueden llamar de tensión, porque para que una cuerda esté tensa, hace falta que esa cuerda o políticamente las relaciones internacionales no estén rotas, y hasta eléctricamente que haya una diferencia de potencial, cosa que bélicamente se puede considerar cuando el desequilibrio de fuerzas resulta muy acusado entre antagonistas.

En el orden puramente filosófico, tal vez las expresiones más empleadas hayan sido de Kant y de Rousseau. La fórmula de este último de que “la guerra se hace a los estados y no a los pueblos” carece de sentido en la guerra nuclear, porque la sufren todos, pero sin llegar a este momento también en la Antigüedad se dieron guerras que continuaban después de la desaparición del estado organizado, que de alguna manera dé fe del vencimiento. Un ejemplo nuestra guerra de Independencia de 1808, que tuvo después carácter periférico contra la rendición central; pero en el pasado lejano los fueron las mantenidas en oposición a las invasiones bárbaras del siglo V, que estaban constituidas muchas veces por un torrente

migratorio y violento, por el empuje de otras fuerzas externas que también a ellos los empujaban en masas hacia otras tierras y otros pueblos que asolaban a su paso.

1.9 La legalidad de las ayudas y auxilios

Uno de los preceptos evangélicos de más enjundia lo constituye la ayuda al prójimo. Llevado este concepto a la sociología de la guerra, se puede plantear si en el caso de una guerra nuclear, cabe o no ayudar al aliado o al que sin serlo recaba un auxilio determinado, que al realizarlo suponga realizar alguna acción activa de violencia. Antes de la época nuclear, los compromisos internacionales implicaban la obligatoriedad de intervenir directamente a favor de un aliado cuando este fuera atacado, pero en la Era Actual este concurso legal y legítimo de ayuda al prójimo, está muy matizado en cuanto a aquella obligatoriedad y de hecho se ha quebrado en varias ocasiones en los últimos tiempos aunque hayan sido guerras convencionales.

Por otra parte el criterio de guerra defensiva que se atribuye quien repele la agresión frente al que tomó la iniciativa, con independencia de que esta haya sido o no provocada, puede también transformarse en el transcurso de la lucha. Está en el ánimo de cualquier conocedor de la Historia de la II Guerra Mundial, que si bien Alemania puede ser culpable de la iniciación de la lucha contra Polonia, tanto en uno como en otro de los contendientes influyó en sus actitudes agresivas la no aceptación de las condiciones exigidas en Dancing y las aportaciones y ayudas que respectivamente dieron a los antagonistas de entonces Rusia de una parte y los aliados ingleses de otra.

En otro aspecto, si es verdad que la conducción de la guerra tuvo un carácter indudablemente ofensivo por parte germana en los años 1939 al 1944, fue al contrario de pura defensa en éste y 1945, y es más que probable que la prolongación de lucha se debió a las exigencias de una rendición sin condiciones, que obligaban exasperándolo al pueblo alemán, a la continuación de una guerra que ya no era por la victoria sino por la aniquilación. En ese momento el criterio moral que podía apoyar al bando atacado se tornaba en ensañamiento por parte del vencedor. Y esta falta de equilibrio es la que resulta difícil de eliminar en los contendientes cuando las consecuencias de los daños recibidos, superan toda consideración humana.

Este impulso de venganza es el que ha animado en muchas ocasiones a los vencedores de las guerras, carentes del espíritu del triunfador en Breda o de la Caridad Cristiana. Hoy la humanidad no resiste el espectáculo de la muerte medieval ejecutada directamente y por propias manos, pero a distancia y con átomos radioactivos se causa la muerte de muchísimos más seres, parece como si el complejo de Landru existiera en los responsables políticos, lo que no ocurre normalmente con los verdaderos combatientes, porque están viviendo todo el horror de la lucha. En una película del protagonista Verdu, éste asesinaba a todas sus mujeres víctimas de su anormalidad lo que no impedía que tuviera un verdadero sentimiento lastimero hacia un pobre y diminuto perro que encontraba a la salida de su casa.

Tal vez por aquella circunstancia del directo conocimiento de las destrucciones y quebrantos bélicos, han resultado generalmente mucho más pacifistas los militares que los políticos civiles. Y en las épocas de terror o de guerra ha hecho falta precisamente ese espíritu de comprensión, que movió a Leónidas Andreiv a expresar que *“para hacer las revoluciones hacen falta miembros, hijos y familia de los generales”*, y también al polemólogo Gaston Boutull que en su Sociología de la Guerra que *“Napoleón fue más humano que los suboficiales del divinizado III Reich hitleriano”*.

1.10 El movimiento pacifista y de No Violencia en España

Las expresiones colectivas sobre el pacifismo han surgido en España con posterioridad a las de otros países, y se han intensificado últimamente con matices que tienen más de estimación política que de fundamento moral. En sus argumentaciones sus tesis primarias son siempre la eliminación de las fuerzas armadas, con prioridad sobre el sentimiento de amor al prójimo y por esta circunstancia sus planteamientos en torno a la No violencia son muy relativos, y para algunos de sus teóricos toman el aspecto de una auténtica manifestación de rebeldía contra la organización del poder del estado.

En este aspecto en una publicación española sobre Guerra y Paz, escribía Paul Laderach sobre el pacifismo en la necesidad de una educación para la Paz, pero advirtiendo que *“Obviamente la palabra paz aparece muchas veces. Este año se ha convertido en un término muy popular, y no obstante pocas palabras hay que sean empleadas tanto, y a la vez tan abusivamente”*.

Y aclarando a las reacciones de la opinión española concretaba:

“En este Estado, la frase del pacifismo nos quiere descubrir todo el resurgimiento del sentimiento antibélico y en pro del desarme en Europa y contra la OTAN. La palabra pacifismo tiende a suscitar nos imágenes de sectas raras, gente algo cobarde, sentimentalista y humanista... Esta idea es muy común, pero es una equivocación que radica en el considerable desconocimiento de la historia del pacifismo, sobre todo escrita desde la perspectiva de los que lo asumieron”.

Habiendo señalado esto —insiste Lederach— hay que destacar *“la diferencia entre el pacifismo y la No violencia del siglo XX, aquél reasumió únicamente como una expresión de fe radical y consecuente, y ésta se plantea como una forma de vivir y/o un medio de luchar y/o un sistema político, e incluso un sistema de defensa alternativo al ejército”.*

En el conjunto de movimientos pacifistas en España, posiblemente la reunión más importante, tanto por el número y calificación personal de los ponentes en el tema pacifista como por la circunstancia que fue organizada por la Dirección General de la Juventud, del Ministerio de Cultura, fue la celebrada en Gijón durante el pasado mes de julio en colaboración con la Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias y el Ayuntamiento de Gijón.

La reunión se titulaba “Encuentros de Juventud” y en sus tres áreas de trabajo, la tercera y posiblemente la de mayor trascendencia para el futuro correspondía a los movimientos alternativos de juventud y que habían de analizar las cuestiones de “Nueva Cultura, Ecologismo y Pacifismo”.

Los resultados y conclusiones fueron, pese a la mayor concurrencia de los inclinados a sustentar criterios, sin demasiado análisis de sus circunstancias, bastante contradictorios; pero a nuestros fines y con síntoma general de lo que más tarde significaría el reflejo de la opinión española, en un reciente trabajo de encuestas que ha dado como resultado que nuestro país es más pacifista y antidesfensa que los restantes de Europa, podríamos destacar algunas afirmaciones de los más destacados conferenciantes.

Así, Julius Kriszem, miembro del Bundestag alemán por el partido “verde” y en distintos momentos de su exposición expresaba:

“Los medios que el movimiento utiliza son los de una minoría violenta (ante la que se mostró contrario pero que comprendía) y que cree que es necesario al recurso a medios violentos, porque su lema es ‘guerra a la guerra’”.

Y en otro pasaje definía al pacifismo como la expresión política unificada de todos, los movimientos alternativos marginales (ecologistas, feministas, homosexuales, sindicales, etc.).

Pero con términos más crudos y realistas en sus opiniones y propósitos habría que destacar algunos términos de la exposición del ponente J. Sadaba, profesor de Ética y Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid que en algunos pasajes manifestó:

¿Qué es el pacifismo? Una definición forzada pero aceptable es la siguiente “En la vida privada se manifiesta como pacifismo propiamente dicho y en la vida pública se manifiesta como antimilitarismo”.

“El pacifismo no implica una dejación moral, así el pacifista real que mata ve en el hombre muerto un fin y no un medio. Ello supone que el pacifista real no es un tonto no violento; puede llegar a ser violento, y no es un anti-violento”.

y más tarde:

“es internacionalista y anti-estatalista”. “El pacifismo real rechaza la moral y la política, está a favor del juego y en contra del trabajo, cuida el entorno natural y está contra las fábricas... El pacifismo es un reto o nos salvamos o nos mata”.

En el informe general que sobre aquella reunión se formuló por alguno de los grupos participantes se emitía el siguiente juicio:

“Sobre el presente y futuro del movimiento pacifista español podemos decir que cuenta a su favor con la desinformación de la gente en general ... pero en su contra cuenta con la tremenda heterogeneidad de los movimientos que tiene que

subir a bordo, la falta de preparación de la mayoría de sus miembros y la falta de seriedad con que muchos abordan los temas. Pero no se debe minusvalorar la fuerza que puede llegar a tener, ante el planteamiento del tema sobre la OTAN, ya que lo que caracteriza generalmente a casi todos en una posición totalmente antiamericana”.

Todos estos planteamientos y formulaciones no pueden estar más lejos de los criterios expresados por Ghandi, para quien el pacifismo quería estar siempre asociado a la No violencia. Y en este sentido una autoridad que ha expresado más resumida y claramente la idea del pacifismo y la No violencia ha sido Harold F. Bing en un trabajo que se publicó en la revista española “*El viejo topo*”, dedicada a la Guerra y Paz.

Lo más importante y fundamental en la filosofía de Ghandi es, y será, su énfasis en el método por el que los pueblos deben ser liberados de la opresión (nacional o extranjera), el método de la no violencia, el camino del amor y del sacrificio de si mismo. El no usar la violencia física contra el opresor es sólo el primer paso. Hay que ir más allá, intentar comprenderle, amarla y persuadirle. El objetivo no es vencer al enemigo, sino transformarle y convertirle en un amigo. Es una doctrina pura pero muy profunda...

Un ideario que se persigue prácticamente desde la creación del Mundo pero que para hacerlo posible hará falta como ya se señalaba cambiar también la manera de pensar como se ha hecho en la referencia a Einstein.

2. POLEMOLOGÍA DEL ORIENTE MEDIO

El espacio geográfico comprendido entre el Mediterráneo y el Golfo Pérsico se conoce actualmente como Oriente Medio, para diferenciarlo del que hasta principios de siglo, con límites más restringidos a los países ribereños del Mediterráneo Oriental se conocía como Oriente Próximo, y que en su conjunto presenta factores permanentes de conflictividad que podría explicar históricamente lo crítico de los acaecimientos actuales en esa región del mundo.

Fue el teórico Gaston Bouthoul, creador de la polemología, quien en sus trabajos señaló que la concurrencia de tres circunstancias políticas y sociológicas en una determinada región,